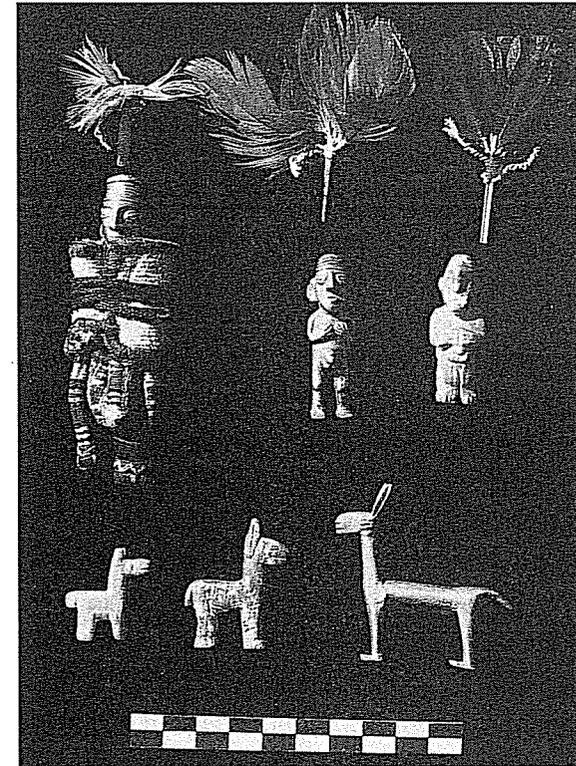


ARQUEOLOGÍA DE MENDOZA
OJEADA SOBRE SUS ANTIGUAS POBLACIONES
A TRAVÉS DEL TIEMPO

Juan Schobinger



Parte del ajuar del enterratorio ritual de la momia del Cerro Aconcagua.
La referencia está señalada en centímetros.

Introducción

La investigación de las culturas precolombinas por métodos arqueológicos tiene en Mendoza dos centros principales: el Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo, donde funcionan varios equipos de investigación con sede en la Facultad de Filosofía y Letras, y el Museo Municipal de Historia Natural de San Rafael. Ambos poseen sus laboratorios, bibliotecas y revistas especializadas, así como sus respectivas salas de exposiciones abiertas al público. En los últimos años se ha agregado la Unidad de Antropología del Instituto de Ciencias Humanas del CRICYT (centro regional de investigaciones patrocinado por el CONICET). Además, existe material arqueológico de importancia en el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Juan Cornelio Moyano", dependiente del Gobierno de la Provincia de Mendoza. Otros museos locales funcionan en algunos municipios: el Municipal de Maipú, el Municipal Americanista de Luján y el Regional de Malargüe.

Merece mencionarse también el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Nacional de San Juan (en La Laja, Albardón, San Juan), dado que los extensos trabajos realizados en las últimas tres décadas en esa provincia tienen una fuerte relación con Mendoza.

A pesar de las limitaciones presupuestarias, los trabajos arqueológicos de campo se han intensificado en los últimos años en diversas regiones de la provincia, con miras a obtener un esquema de las etapas de desarrollo cultural prehistórico, adaptación al medio, migraciones o contactos con otras zonas y demás información. Esto ha permitido formular algunos panoramas sintéticos, como el que intentamos en el presente capítulo.

La región actualmente ocupada por las provincias cuyanas -cuya espalda occidental está constituida por la imponente Cordillera de los Andes- no vio florecer culturas aborígenes tan avanzadas como las del Noroeste argentino. Tal vez por ello su investigación arqueológica quedó relegada a un plano secundario hasta los últimos años. No obstante, ya es posible trazar las líneas de algunos de los procesos culturales que tuvieron lugar en los milenios anteriores a la llegada de los europeos, sobre todo de la región más cercana a la cordillera (San Juan, norte y centro de Mendoza). Esta es denominada actualmente "subárea Centro-Oeste argentina", que constituye el extremo sur de la gran área cultural Andina.

Las zonas que quedan fuera de esta franja forman parte de otras áreas arqueológicas precolombinas; así, el norte de San Luis integra, junto con el oeste de Córdoba, la de las Sierras Centrales; el sur de San Luis y el extremo sudeste de Mendoza constituyen una prolongación del área Pampeana, y el extremo sudoeste ya entra en lo que puede llamarse la gran área Neuquino-Patagónica. Este capítulo se centrará pues, principalmente, en la región cuyana occidental, al que se agrega un breve acápite para la zona de transición andino-patagónica (sur de Mendoza y extremo norte del Neuquén).

Procesos culturales en el Centro-Oeste argentino

Período Precerámico

En América se denomina usualmente "precerámico" al período más antiguo, de cazadores y recolectores, y eventualmente también de agricultores incipientes. El modo de vida se caracteriza por un mayor o menor nomadismo.

No se sabe cuándo comenzó el precerámico en el área cuyana, ni cuándo llegaron los primeros pobladores. Sólo cabe suponer que pequeños grupos de recolectores de vegetales y cazadores no especializados recorrieron la zona en una época aún anterior a la retirada de los glaciares que, entre 20.000 y 12.000 a.C., habían llegado al grado máximo de expansión dentro del último ciclo del Pleistoceno. Este avance ha sido estudiado a través de sus morenas y otras manifestaciones geomorfológicas en la Patagonia y también en la zona cordillerana de Mendoza. No hay unanimidad en cuanto a la extensión máxima de los glaciares en esta última región; hoy predomina la opinión de que -al menos en la mitad norte de Mendoza- no pasaron de los altos valles de la cordillera.

Alrededor de la última fecha citada, los glaciares comenzaron a retroceder en un proceso en el que alternaron épocas de aceleración con otras de detención. Por el año 8000 a.C. se inició la retirada definitiva de los hielos hacia su posición actual; con ellos se da por comenzado el último y relativamente breve período geológico y climático, el Holoceno, en el que aún nos encontramos. Simultáneamente se produce la extinción de varias especies de animales, sobre todo algunos de un tipo arcaico como el megaterio, el mylodon, el gliptodonte (del orden de los desdentados), y el mastodonte (elefante sudamericano primitivo). En otros casos, como el del caballo, desaparecieron en América pero continuaron en Asia, aunque bajo especies distintas. Los camélidos fósiles del Pleistoceno fueron sustituidos por sus formas actuales (guanaco y vicuña). El hombre fue testigo de esos procesos.

Se han encontrado vestigios industriales de los antiguos cazadores-recolectores (probables descendientes de las primeras corrientes de población llegadas desde el Asia a través del actual

Estrecho de Behring) en varios sitios de los Andes y de la Patagonia. Los primeros testimonios seguros de su presencia en estas regiones se encuentran en el abrigo Agua de la Cueva, ubicado a unos 2900 metros sobre el nivel del mar en la precordillera mendocina, donde algunos instrumentos líticos fueron datados radiocarbónicamente en 8900 y en 8300 a.C. (cifras redondas). A similar antigüedad se remontan ocupaciones ocasionales del gran alero del Rincón del Atuel (al sudoeste de San Rafael) con el fin de obtener alguna presa. Se encontraron allí ciertos instrumentos asociados a huesos, piel y excrementos de fauna extinguida, como el mylodon, ocupante del sitio antes de la llegada del hombre.

El reflejo arqueológico de los cazadores más avanzados en su adaptación al ambiente y en aprovechamiento de los recursos naturales está dado por la existencia de puntas de proyectil bien definidas y por una mayor variedad y especialización del instrumental. El centro principal de su actividad se halla en los altos valles andinos y en el altiplano y la Puna de Atacama, desde donde se supone que se desplazaron, tempranamente, más hacia el sur.

Otros grupos, de gran movilidad, recorrieron las llanuras y mesetas pampeano-patagónicas. Sus típicas puntas "pisciformes" (datadas entre 9000 y 8000 a.C.) han aparecido como hallazgos aislados en tres lugares del norte y del sur de Mendoza y el norte del Neuquén. En algún otro sitio (Álvarez Condarco, en las últimas estribaciones de la precordillera al norte del río Mendoza) han aparecido grandes puntas triangulares que también pueden corresponder a un momento antiguo del período climático Holoceno o Posglacial.

Este período se ha denominado "Ayampitín", según los primeros hallazgos hechos en la provincia de Córdoba. En sus yacimientos aparecen, naturalmente también, otros instrumentos

como raspadores, raederas, cuchillos y demás, cuyos materiales más utilizados para fabricarlos son la cuarcita y el basalto.

En la región de este estudio, los cazadores-recolectores se manifiestan en dos variantes: con puntas Ayampitín (sin pedúnculo basal), en sitios superficiales del norte de San Juan, como Punta del Agua o El Bordo, y también estratigráficamente en la Cueva del Peñoncito. Al ser excavada, ésta dio una sucesión en la que las puntas lanceoladas son sustituidas por puntas triangulares y, finalmente, se agregan dos períodos que contienen cerámica. Se ha observado una interesante correlación entre este yacimiento y la importante Gruta de Intihuasi en la Sierra de San Luis, donde por primera vez se ubicaron las puntas lanceoladas o almendradas en una posición cronológica de alrededor de 6000 a.C. (El fechado radiocarbónico del nivel más antiguo del Peñoncito es de unos 5500 a.C.) En ambos yacimientos aparecen piedras de moler, lo que señala la importancia de las tareas de recolección de vegetales.

De la altiplanicie de San Guillermo se conoce una serie de puntas basálticas similares, y poco más al sur, en los bordes occidentales del valle de Iglesia, se han recogido puntas del mismo tipo lanceolado en la vega de Baucha provistas de un ancho pedúnculo triangular. Hallazgo interesante fueron veinticinco puntas (rotas y enteras) encontradas alrededor de un fogón. Posteriormente se encontró la misma industria en el paraje La Fortuna, al oeste de Ansilta, cuando se excavó la cueva de "La Colorada", que proporcionó numeroso material. La llamada industria de La Fortuna -variante regional del llamado "horizonte andino de puntas lanceoladas"- se extendió también al vecino valle de Uspallata y, más esporádicamente, a las márgenes del río Mendoza (fase Del Tigre II). Su cronología en los sitios sanjuaninos es de entre 6500 y 6000 a.C.

Es interesante la comprobación de que el grupo de La Fortuna posee similitud con otro de la vecina provincia chilena de Coquimbo, conocido como cultura de Huentelauquén. Las favorables condiciones climáticas del Posglacial Medio (aproximadamente 6000-3500 a.C.) pudieron facilitar el tráfico de estas poblaciones a través de los pasos cordilleranos.

Hacia la primera mitad del cuarto milenio a.C. se produce en la zona central andina un cambio climático hacia una mayor sequedad que seguramente también se hizo sentir en el occidente argentino. Ello, junto con nuevos movimientos de población, influyó para la paulatina sustitución de las puntas lanceoladas por otras triangulares, de base recta o escotada, de tamaño mediano, que utilizaban como arma arrojadiza el propulsor. Posteriormente, el tamaño de las puntas se reduce al introducirse el arco y la flecha como nueva técnica de caza. Surge así el llamado precerámico tardío caracterizado, en lo que respecta al instrumental lítico, por las mencionadas puntas triangulares, que se han hallado desde el sur del Perú hasta la Patagonia y con las que se ha determinado el último horizonte de cazadores-recolectores andinos.

Grupos correspondientes a este período han sido excavados en dos cuevas del sudoeste de San Juan. Los hallazgos indican vinculaciones con las poblaciones contemporáneas de la costa pacífica del norte y centro de Chile. Uno de estos yacimientos, el de los Morrillos de Ansilta, fue utilizado como enterratorio. Los hallazgos están fechados entre unos 2500 y 2000 a.C., aunque el comienzo de la fase o cultura Morrillos parece remontarse al sexto milenio a.C. Se trata de cazadores con puntas triangulares medianas y grandes enastadas en cañas; uno de los propulsores con los que eran arrojados los proyectiles se encontró, partido intencionalmente, formando parte

del ajuar funerario de un párvulo, envuelto en una red. Se practicaba una recolección intensiva; poseían una cestería avanzada y utilizaban variedad de adornos. Otro cadáver (de adulto, incompleto) se encontró acompañado de un notable retocador de hueso, enmangado en una caña de cuarenta y un centímetros de largo, decorada con incisiones geométricas.

No se conoce arte rupestre asociado a la fase cultural Morrillos, pero se atribuyen a la misma varias rocas con oquedades artificiales ("morteros") que se hallan en el interior de dichas cuevas. El material cestero y textil muestra muchas similitudes con hallazgos transcorderanos (San Pedro de Pichasca, Chinchorro). Algunas "piedras horadadas" de forma circular u ovalada y perforación bicónica también establecen una relación con fases precerámicas de Chile central. Su carácter ritual está sugerido por el enterratorio de un párvulo, mal conservado, de la gruta del Chacaycito, que tenía como ajuar una piedra horadada, dos piedras pequeñas trabajadas en forma de clava curva o gancho, bien pulidas; dos puntas de proyectil triangulares y un pendiente de valva marina. Se obtuvo para este hallazgo un fechado de 3100 a.C.

Como interesante pieza de arte mobiliario, hallada en una de las grutas de los Morrillos, se menciona una fuentecilla de forma ovalada, fragmentada por su mitad, con la cara externa algo convexa, realizada en un material semiblando y grasoso, untuoso al tacto, de color rojo. Mide unos diez por diez centímetros y está decorada en su cara externa con incisiones que determinan un conjunto abstracto, de vagas reminiscencias antropomorfas.

Tanto en Los Morrillos como en el alero de Los Corredores, situado en la misma zona, al nivel de cazadores tardíos se superpone el de los agricultores tempranos.

Todo indica que los cazadores-recolectores tardíos, de vida trashumante estacional, preparan consecuentemente el terreno donde se implanta la agricultura inicial.

Lo mismo sucede en el centro-sur de Mendoza. La llamada fase Atuel III de la Gruta del Indio del Rincón del Atuel, fechada en unos 1800 a.C., está representada por un enterratorio en posición alargada o decúbito dorsal, envuelto en una estera confeccionada con cañas y tallos sujetos con cordeles y tientos, protegidos por una empalizada de tronco. Se fabrican redes y trenzados de fibras vegetales. También se hallaron numerosos huesos largos humanos, seccionados por medio de un instrumento cortante. Un propulsor presenta una serie de grabados geométricos. Los elementos hallados y su cronología sugieren la presencia de una población de cazadores-recolectores emparentados con los de la costa norte de Chile. El clima de esta época es seco, y la vegetación de la zona es enteramente xerofítica.

Hallazgo notable atribuido a esta época es el enterratorio colectivo de Jaime Prats, sobre una terraza del río Atuel en el sudoeste de Mendoza. Los antiguos cavaron allí un pozo, que se amplió en el fondo circularmente en un diámetro de 5 metros. Se excavaron en ese lugar restos óseos correspondientes a unos 140 individuos, acompañados de muy escaso ajuar.

Naturalmente, no en todas partes se implantan las prácticas agrícolas, que en nuestra zona necesitaban de alguna forma de riego artificial. En la mayor parte del sur de Mendoza continuó por muchos siglos -por no decir hasta después de la conquista- el modo de vida cazador-recolector intensivo, más o menos influido por los focos culturalmente más avanzados de más al norte o de Chile. Se originó así la población llamada pehuenche en el norte del Neuquén

(recolectores estacionales del fruto de la araucaria) y puelche ("de Cuyo"), en Mendoza, al sur del río Atuel. El numeroso material lítico -sobre todo puntas de flecha- que se recoge en toda esa zona corresponde a esas parcialidades, que en algunos casos también adoptaron (o recibieron por comercio) la cerámica, así como el tembetá (adorno labial de piedra). Fueron ellos los inventores de un peculiar método de sobar los cueros, aprovechando la numerosa lava diseminada por la región; ésta era trabajada para formar los instrumentos llamados "sobadores", con un mango por encima del platillo utilizado para el trabajo. El principal yacimiento que ha dado luz sobre la evolución y la vida de esta población en el norte del Neuquén, desde 5000 a.C. hasta el siglo XVIII, es la Cueva de Haichol, situada frente a un afluente del río Agrio, al oeste de la población de Las Lajas.

La zona de las antiguas Lagunas de Guanacache y del río Desaguadero es otro gran centro de hallazgo de puntas triangulares. Esta zona medanosa, y hoy en su mayor parte desecada, sólo muy recientemente ha sido objeto de investigaciones arqueológicas sistemáticas. Más que de supervivencia, parece tratarse de un área de refugio y de concentración de influencias culturales. La adaptación a una vida lacustre y pescadora hasta tiempos recientes de una parte de estos pobladores del nordeste de Mendoza se inició, sin dudas, en tiempos precerámicos.

Período Agro-alfarero

La subárea del Centro-Oeste argentino, tan alejada de los centros nucleares andinos, se ha revelado como un temprano receptáculo de las influencias que llevaron al cultivo de plantas alimenticias. Sabemos que éstas comenzaron a ser utilizadas, y en parte domesticadas,

en un tiempo muy antiguo, plenamente precerámico. La principal fue el maíz, que ya se cultivaba en el quinto milenio a.C. en el centro-sur de México y en el cuarto milenio en algunas zonas andinas y en el Ecuador. Por su parte, los tubérculos y raíces fueron intensamente recolectados por los cazadores de la Puna y el altiplano boliviano, llegando luego a la costa peruana, donde se agregaron a otras plantas cultivadas bajo riego. En la franja situada inmediatamente al oriente de la Puna y el altiplano parece haberse realizado la reproducción inicial de la papa. Simultáneamente se produce la domesticación de la llama y la alpaca en las altiplanicies del Perú y del norte de Chile. Los porotos y el maíz ya aparecen en la cueva de San Pedro de Pichasca ("Norte Chico" chileno) en el tercer milenio a.C.

En la Argentina, la agricultura y demás avances culturales asociados llegan sin duda del norte y, salvo excepciones detectadas en las provincias de Jujuy y de San Juan, van unidos al importante elemento arqueológico cual es la cerámica. Este proceso puede ubicarse entre unos 800 y 300 a.C. (época en que ya se habían constituido altas culturas templarias en el área andina central).

Unos de los núcleos de la temprana agricultura cuyana se ubica en los departamentos Calingasta y Castaño; sus restos se han encontrado superpuestos a los de cazadores tardíos en las grutas y aleros de los flancos de la cordillera de Ansilta. En el caso de las cuevas de los Morrillos, ello se explica por su carácter de lugares sagrados: una de ellas fue utilizada como cementerio, siguiendo la huella de sus predecesores de 2000 años antes; la otra, como lugar de culto, a juzgar por sus rocas con "morteros", pinturas rupestres y pequeños objetos de arte encontrados, posiblemente de carácter votivo. Esta cultura, llamada de Ansilta, tiene una fase

precerámica que se inicia hacia el 1700 a.C. (en la que aparecen los primeros indicios de una agricultura incipiente). La cerámica aparece alrededor de 500 a.C.; la principal utilización de la cueva es como cementerio, en el siglo I de nuestra era (siempre según fechados radiocarbónicos). Está caracterizada esencialmente por numerosas puntas de flecha triangulares, medianas y pequeñas (indicio de que la caza aún tenía mucha importancia), restos de maíz, zapallo o calabaza y porotos (clásica trilogía agrícola andina y mesoamericana), y también quínoa; cerámica sencilla de color café, de base plana y sin decoración; arte cestero y textil desarrollado. El descubrimiento, en 1969, por parte de P. Sacchero y M. Gambier, de trece momias o cadáveres más o menos bien conservados en la citada cueva, con sus envoltorios y ajuares, causó justa sensación, sobre todo al comprobarse, por el radiocarbono, su alta antigüedad. Uno de ellos, masculino, tenía un botón nasal incrustado en uno de sus alares; por su estatura y proporciones faciales representa el tipo "huárpido" que aún ofrecían muchos aborígenes de la zona en la temprana época colonial. De una mujer pudo comprobarse su tratamiento externo mediante una resina, a fin de favorecer su preservación. Los fardos funerarios estaban envueltos en mantas y en cueros, con una cestilla decorada geoméricamente que cubría la cabeza. Entre los objetos excavados en la gruta vecina debe destacarse un vaso grueso de piedra blanda con grabados geoméricos, un punzón con plumitas para colocar en el tocado y un pequeñísimo lagarto tallado en madera.

De las pinturas rupestres asociadas conocemos un conjunto rectangular policromo con volutas en el centro y un curioso grupo de tres figuras antropomorfas, de cuerpo redondo y extremi-

dades lineales; una sostiene una especie de tridente y otra, un propulsor. ¿Deidades astronómicas?

Restos de este período se excavaron en otros sitios, algunos de los cuales también presentan pinturas rupestres: alero de Los Corredores del río Colorado, grutas y aleros del arroyo Fiero (Ansilta) y otros. Un sitio más occidental (La Colorada del río de La Fortuna) proporcionó también elementos de origen trasandino. En Punta del Agua de los Morrillos se localizó un complejo de viviendas semisubterráneas.

La molienda se realizaba con piedras planas ahuecadas (conanas), cuyo hallazgo es frecuente en los sitios arqueológicos cuyanos de época agroalfarera.

En las quebradas laterales del valle de Uspallata (así como en la ciudad de Mendoza) se ha encontrado cerámica fechada también hacia comienzos de la era cristiana. La fase llamada Del Tigre V puede correlacionarse con Ansilta. Otros sitios parecen relacionarse con la cultura de Agrelo, que mencionaremos luego.

Estos antiguos cazadores-agricultores tuvieron algún contacto con grupos similares trasandinos, que por la misma época eran absorbidos por la cultura de El Molle. Esta es conocida por sus artísticos tembetás (botones labiales de piedra, que exigían perforar la parte inferior del labio), su hermosa cerámica, pipas con decoración, tumbas señalizadas con piedras, y grabados rupestres o petroglifos con figuras antropomorfas o mascariformes complejas. Algunos de los dibujos que aparecen en sitios con petroglifos de San Juan y zonas vecinas tienen una indudable relación con aquellos. Un ejemplo son las rocas grabadas en la quebrada de Aguas Blancas, a lo largo de una senda que continuaba hacia Chile, y las de La Alumbra, en la quebrada del río Calingasta, al oeste de esta localidad.

Otro centro de agricultura temprana en la región cuyana se encuentra en las márgenes del curso medio del río Atuel, en la zona relativamente llana y esteparia del centro-sur de Mendoza. En la ya citada Cueva del Indio del Rincón del Atuel se observa que, a partir del siglo III a.C., los cazadores y recolectores tardíos que la utilizaban como refugio comenzaron a practicar la agricultura, y se origina así el llamado período Atuel III, cuyos fechados radiocarbónicos abarcan desde 260 a.C. hasta 40 de nuestra era. El proceso se inicia con la introducción de la trilogía maíz, calabaza y porotos, a la que se agrega también (como en Ansilta) la quínoa, originaria del altiplano. Se han encontrado, bien conservadas por las condiciones de las cuevas de la zona del Atuel, una bolsa de fibras vegetales con unos 3.000 porotos, otra con 500 gramos de quínoa, una con semillas de maíz y algunas con zapallo. En otro sitio se halló un bolso de cuero con trazos geométricos pintados, que contenía el maíz. La preparación de los alimentos se efectuaba en los llamados hornos de tierra, que existen también en lugares más al norte.

Como resultado de las extensas excavaciones de H. Lagiglia, se sabe que los pobladores de esta fase enterraban a sus muertos en cuevas, en posición decúbito dorsal. Grandes cesteros, practicaron el esterilado entreabierto y pusieron énfasis en la tecnología de la cordelería y trenzados de fibras vegetales y animales. Eran hábiles curtidores y sobadores del cuero con que confeccionaban sus vestimentas. El de las cofias de cestería para la protección de la cabeza de los muertos es frecuente, lo mismo que las envolturas en pieles de guanaco, con la lana hacia el interior de los cuerpos. Usaban palitos para producir fuego por el método de rotación; puntas triangulares pequeñas y escotadas con delicados

retoques a presión, para la caza. Esta estaba representada por armadillos, tortugas, guanacos, avestruces, liebres, aves y mamíferos menores. Recolectaban, asimismo, frutos de chañar y algarrobo. Los astiles de las flechas se embutían en otro recuperable; para arrojarlas utilizaban el propulsor.

Según ha sido señalado por H. Lagiglia, la "preparación de los restos funerarios por medio de resinas vegetales ha permitido la conservación de cuerpos momificados. Uno de ellos, de un párvulo recién nacido (hallado en la cueva del Rincón del Atuel), conserva su cordón umbilical envuelto en tiras triangulares de pieles con la lana hacia el interior del mismo y atado con un cordel teñido de rojo".

En cuanto a la cerámica, es escasa y aparece recién a fines del período. Los fragmentos hallados no poseen decoración.

En un paredón cercano a la mencionada cueva existen unas pinturas rojas geométricas que forman motivos zigzagueantes. Por su similitud con un bolso de cuero que presenta el mismo motivo decorativo, hallado en asociación al párvulo momificado antedicho, este estilo de pinturas es atribuido a la fase Atuel II; se observa, al mismo tiempo, similitud con el motivo que ornamenta algunas piezas de la cerámica Condorhuasi del Noroeste argentino. Puede tratarse de una convergencia en el plano del simbolismo. Otra pintura rupestre parece estilizar una planta de maíz.

Los hallazgos del Rincón del Atuel muestran una notable similitud con los de Ansilta, y son contemporáneos. No sabemos si la fase sureña constituye un desprendimiento de la sanjuanina, o si ambas surgen independientemente como resultado de influencias o migraciones llegadas desde allende los Andes.

Desde los primeros siglos de nuestra era, en el oeste de San Juan y en el norte de Mendoza tenemos grupos sedentarios y alfareros

que, tras el período "formativo" anterior, han quedado estabilizados en su modo de vida centrado en pequeñas aldeas (que no han llegado hasta nuestros días debido al carácter perecedero de sus viviendas, generalmente hechas de quincha). Puede considerarse como una continuación orgánica del período anterior, en que, por efectos de un cambio de clima o del aumento de la población, ésta se dirige preferentemente a los finales de los terrenos de pie de monte, los llamados barriales, situados a lo largo de los ríos y arroyos de curso bajo. El sistema de oquedades para el cultivo agrícola continuó en uso en el valle de Iglesia; no así las cisternas, aunque éstas pudieron ser utilizadas como pequeños predios de cultivo. Sin duda, existían sistemas de acequias para riego.

El espacio no permite detallar las influencias y migraciones detectadas para el llamado Período Medio en el oeste de San Juan. Se considera que la agricultura como actividad básica de subsistencia se debió a migrantes del Noroeste argentino que, al fusionarse con los grupos preexistentes, formaron la cultura Punta de Barro.

Punta de Barro -sitio ubicado sobre una ladera cerca del río Jáchal, al norte de la población de Angualasto- presenta un elaborado sistema de riego, cerámica gris incisa y punteada, pipas en forma de T invertida, figurillas de arcilla y tembetás alargado tipo "clavija", elementos que indican diferenciaciones socio-religiosas y que conectan esta fase cultural con otra de Chile, llamada de El Molle.

Desplazada dicha cultura al sudoeste, el norte de San Juan ve llegar, hacia el año 700, grupos pertenecientes a la importante cultura norteña de la Aguada, conocida por su fina cerámica grabada y pintada con motivos zoomorfos, en especial de felinos. El poblado de Los Lisos, al nordeste de Jáchal (donde hay estructuras circulares y rectangulares en el flanco de un cerro), y diversas

instalaciones en el valle de Iglesia representan esta fase de “Aguada regional”. Desde allí se produjeron desprendimientos hacia Calingasta y, más aisladamente, hacia el norte de Mendoza (donde también llegaron grupos del Norte Chico chileno, como el detectado en el enterratorio de Uspallata-Usina-Sur). Hay ahora evidencias de la crianza y utilización de la llama, y de la textilería con telar. Se atribuye a la influencia de esta cultura gran parte de la rica e interesante escultura lítica que se encuentra en todo el norte y también en el nordeste de San Juan. (Ídolos antropomorfos estilizados, manos de mortero decoradas -una con un notable “Jano bifronte”, de la zona de Jáchal-, fuentes de ofrenda, inclusive una en miniatura en forma de “lagarto”, de la misma zona.)

Es probable que la ejecución de grabados rupestres alcanzara en este período su mayor auge. Se conocen unos ochenta y cinco sitios de petroglifos cuyanos, incluidos algunos de la zona limítrofe de la provincia de La Rioja. Unos veinte de ellos se destacan como de real importancia por la cantidad y significación cualitativa o simbólica de las figuras representadas. Los grabados se hallan a veces sobre paredones, más frecuentemente sobre rocas más o menos redondeadas que suelen formar conjuntos, en laderas o antiguos conos de deyección, o al comienzo o en el interior de las quebradas. Se trata, por lo general, de lugares inhóspitos, casi nunca asociados a lugares de habitación y, sólo en dos casos, asociados a enterratorios. Tanto en la técnica de ejecución (piqueo poco profundo) como en otros aspectos, muestran conexiones con Chile y con el Noroeste argentino.

La principal conexión con el vecino Norte Chico chileno está representada por las cabezas mascariformes aureoladas, cuyos prototipos se encuentran en el valle El Encanto, cerca de Ovalle,

y que es considerada como una variante de algo que tuvo importancia en varias culturas sudamericanas: la atención puesta en la cabeza humana como centro de energías. En momentos posteriores se produjeron variantes, simplificaciones y el agregado de un cuerpo relativamente pequeño, al que puede calificarse como antropomorfo enmascarado. Como en otros casos, hoy se conecta este tipo de petroglifo con ideas y prácticas chamánicas, cuya existencia es atestiguada por diversos indicios arqueológicos. Constituyen ejemplos destacados la piedra grabada de Palque de Pachaco (actualmente en el Museo Arqueológico de San Juan), quebrada de El Leoncito, Tundunqueal de Uspallata y varios sitios del norte de San Juan y del oeste de La Rioja, como el espectacular Cañón de Talampaya. Algunos sitios están a bastante altura, como los que se ubican cerca de antiguas sendas que cruzaban hacia Chile, entre 2300 y 3000 metros. No hay espacio aquí para tratar sobre el “simbolismo del camino” y otras especulaciones interesantes, relacionadas con la ubicación de los petroglifos. El valor de este arte consiste, sobre todo, en que nos permite entrever algo de la vida espiritual de sus autores.

En Mendoza se ha designado como “cultura de Agrelo” (de un sitio en el departamento de Luján) a un grupo caracterizado por vasijas medianas y grandes, con tres tipos principales de decoración: incisa geométrica con un motivo escalonado, estriada e imbricada o corrugada. Esta última, en que la superficie está surcada de típicos relieves obtenidos por presión digital, muestra un interesante paralelismo con la cerámica guaraní, por un lado, y con alguna de la más antigua cerámica americana de la costa del Ecuador (cultura de Valdivia, tercer milenio a.C.), por otro. Algunas vasijas poseen caras esquemáticas realizadas mediante aplicaciones

al pastillaje, similares a otras del Noroeste argentino. Entre otros elementos atribuidos a esta cultura se halla el tembetá, en ambas variedades básicas: chato o discoidal y alargado o en forma de "clavija", sobre todo a través de hallazgos efectuados en la zona de Tupungato, en Barrancas y en el departamento de Rivadavia.

Algunos fechados radiocarbónicos ubican la existencia de la cultura de Agrelo alrededor del año 1000, pero seguramente su comienzo es varios siglos anterior, dada la probabilidad de que constituya una derivación del complejo cultural Calingasta, del sur de San Juan. Esto se ha confirmado por trabajos recientes en diversos sitios del norte de Mendoza, especialmente los efectuados en calidad de "salvataje" en Potrerillos a raíz de la construcción del dique que ha inundado la parte baja del valle. En un sitio de la margen norte, Víctor Durán y su equipo excavaron restos de una pequeña aldea formada por cuatro casas semisubterráneas, cuyas paredes estaban cubiertas con ramas y barro (quincha); su datación corresponde al siglo VII. También se detectaron asentamientos a lo largo del río Blanco, que desemboca en la margen sur de la misma zona. En Barrancas, al sur del río Mendoza, se detectan indicios dispersos de presencia de comunidades de Agrelo; también han aparecido enterratorios (carentes de ajuar) pertenecientes, probablemente, a este grupo cultural.

Al mismo también atribuimos la introducción de la costumbre de practicar oquedades más o menos profundas en algunas rocas (llamadas "morteros" o "tacitas"), utilizándose generalmente grandes bloques que afloran en el pie de monte o en el llano vecino. Se hallan en las zonas de Tupungato, San Carlos y Paso de las Carretas. Rara vez están asociados a yacimientos habitacionales, por lo que su uso es siempre de molienda de alimentos. Por

estudios comparativos, se piensa que se trata originariamente de una antigua manifestación de culto, con la finalidad -entre otras- de depositar ofrendas líquidas o vegetales, ya sea a las divinidades o a los muertos.

Se admite en general que la población de pequeños agricultores de la cultura de Agrelo constituye la base étnica de los huarpes, de quienes se tratará luego.

Período Tardío o Protohistórico

Tres a cuatro siglos después de la llegada de la cultura de La Aguada, nuevamente se produjo en el norte de Cuyo la repercusión de los procesos de cambio que tuvieron lugar en el Noroeste argentino, que en el presente caso dieron origen a lo que los arqueólogos llaman Período Tardío o de los desarrollos regionales. Durante los siglos XI y XII se produjo la llegada de grupos originados, al parecer, en el valle de Abaucán, en el oeste de Catamarca, que se instalaron tanto en el centro-oeste de La Rioja (fase Sanagasta) como en los valles de los ríos Bermejo, Blanco-Jáchal e Iglesia. Se trataba de una rama del pueblo protohistórico de los diaguitas, a veces llamada de los capayanes, y cuyo reflejo arqueológico se denomina cultura de Angualasto. Esta se caracteriza por habitaciones y estructuras grandes hechas con paredes de arcilla mezclada con piedrecillas, de forma rectangular con los ángulos redondeados, que forman pequeñas aglomeraciones. El yacimiento epónimo, situado sobre el río Jáchal, es el más extenso y mejor conservado; otros sitios se hallan valle arriba (donde el río toma el nombre de Blanco) y también en el gran barreal de Pachimoco, cerca de Jáchal. En Angualasto, las casas tienen una especie de pasillo de entrada en la abertura que mira al este.

Otra característica -principalmente la conecta con las culturas contemporáneas de Catamarca y sur de Salta- es la existencia de urnas para el entierro de párvulos, de boca ancha con decoración geométrica o fitomorfa, pintada en negro sobre fondo rojo claro o amarillento. También hay pucos o escudillas que a veces se usaban para tapar la urna. Los adultos eran inhumados directamente envueltos en telas, en posición flexionada (aunque hay una "momia" encontrada en la zona de Angualasto, de rico ajuar cesterero y textil, que estaba en posición alargada o decúbito dorsal). Parte del numeroso material recogido en Pachimoco y Angualasto (adornos, puntas de flecha, lajillas de borde aserrado, estatuillas muy pequeñas antropo y zoomorfas, de piedra y nácar; ídolos líticos; piezas de bronce) ha de corresponder también a esta cultura. En relación con los trabajos de metalurgia, se conocen hallazgos de pequeños crisoles de arcilla cocida. Fragmentos de cerámica de Coquimbo o "diaguita chileno" hallados en algunos lugares atestiguan la existencia de vínculos con las poblaciones transcordilleranas.

En el sur de San Juan parecen haber perdurado las tradiciones del período medio; salvo casos aislados de fragmentos de cerámica tipo Angualasto, la cerámica gris incisa no se ve sustituida por otra. Merece ser señalado un yacimiento de la zona: Los Ranchillos de Angaco, a unos treinta kilómetros al norte de La Laja; se trata de una serie de estructuras circulares semisubterráneas con paredes de ramas entrelazadas, utilizadas como enterratorios; carecen de cerámica pero abundan los fragmentos textiles. Un fechado radiocarbónico oscila alrededor del año 1290.

Como notable y original manifestación fúnebre, se conoce un conjunto de pozos con cavernas, laterales a los mismos, de las que

alguna vez se extrajeron momias desecadas. Se ubican en el borde de una loma en la zona de Calingasta.

También en Mendoza la cultura de Agrelo parece prolongarse hasta entrado el segundo milenio de nuestra era. Sólo hacia fines del período aparece una cerámica pintada representada por unos cantaritos globulares con un asa, atribuida a los "huarpes"; también hay vasos timbales (en algún caso con el agregado de un asa), que recuerdan por su forma a los de la cultura de Tiahuanaco, en el altiplano. Su aparición en esta zona constituye un interesante problema. También hay pucos o escudillas, pintados de rojo y naranja. Se ha propuesto llamar "cultura de Viluco" a esta fase arqueológica, con nombre tomado de un sitio con enterratorios que reflejan contacto hispánico. Todo indica que este grupo cultural llegó a tomar contacto con los españoles (así como antes con los incas) y que corresponde a una parte -la que hablaba el dialecto millcayac- del pueblo denominado huarpe. Algunas piezas cerámicas de la cultura Aconcagua (fase tardía de Chile central) presentan similitudes con las de Viluco, por lo que algunos creen que el origen debe buscarse allí. En otros casos se perciben influencias incaicas.

Vestigios de la cultura de Viluco han llegado hasta los valles del Diamante y del Atuel, así como fragmentos de la cerámica llamada "Coquimbo-Inca". Las relaciones transcordilleranas están también atestiguadas por restos de moluscos marinos. En realidad, esa zona se constituyó en receptora de diversas influencias. Con la disminución y aun abandono de las actividades agrícolas (posible consecuencia de un cambio climático desfavorable) se hacen sentir las influencias neuquino-patagónicas que también cubren el extremo sur de Mendoza (Malargüe). Su manifestación

más clara la constituyen las pinturas rupestres que reflejan la modalidad estilística “geométrica-ornamental” del norte de la Patagonia desde el siglo VII en adelante. El período más tardío de la región del Atuel está representado también por hallazgos efectuados en la amplia terraza situada frente a los paredones rocosos del Rincón del Atuel: puntas de flecha triangulares pequeñas, cerámica, piedras de moler, tabletas de piedra y otros, y tal vez por unos curiosos alineamientos de estructuras de pircas que tienen forma de semicírculo o de herradura, ubicados sobre una loma cercana, de función no bien aclarada. ¿Parapetos de caza?

En la zona cordillerana de San Rafael se han localizado dos agrupaciones de numerosos recintos circulares pircados, uno al pie del volcán Overo y otro sobre el río Barroso (a unos 3.500 metros de altura). Además de material lítico se han encontrado ollas globulares de dos asas y pucos. Se trata de campamentos para actividades colectivas de caza durante los meses de verano, por parte de grupos que vivían en ambas bandas de la cordillera (tal vez identificables con los chiquillames de las fuentes etnohistóricas).

La cultura de los huarpes de la época de la conquista fue estudiada exhaustivamente por el profesor Canals Frau y condensada en un amplio trabajo (1946). En éste y en otros quedó demostrado el probable parentesco de las poblaciones de Mendoza y San Luis con los Comechingones de Córdoba por un lado, y con los Puelches y Pehuenches por otro, la población prearaucana del sur de Mendoza y norte del Neuquén. Nos hace una descripción vívida del triste destino de estos indios, quienes, tanto por los fenómenos de contacto y de mestizaje como por haber sido llevados en grandes cantidades a trabajar a Chile por los encomenderos, se extinguieron rápidamente. Sus últimos restos se nuclearon alrededor

de la amplia zona lacustre y pantanosa conocida como las lagunas de Guanacache, en donde merced a la abundante caza y pesca pudieron sobrevivir hasta el fin de la época colonial. Dicha zona es, pues, rica en hallazgos arqueológicos, tanto de material lítico, puntas de flecha, raspadores, tembetás y demás como de sencilla cerámica y enterratorios.

Al principio de los años '30 las lagunas conservaban su caudal acuático, aunque la creciente irrigación artificial de Mendoza había ido mermando mucho su extensión. Todavía existía una población de laguneros que conservaban modalidades de vida de sus legendarios antepasados, aunque habían perdido todo recuerdo del idioma. De especial interés resultaban su cestería, sus tejidos y sobre todo las típicas balsas confeccionadas en totora, que se hacían avanzar en las aguas poco profundas mediante una pértiga. Técnica muy antigua que se ha conservado también entre los Uru del lago Titicaca.

En este contexto, cabe señalar la inquietud artística y humana del gran pintor Fidel Roig Matons, que lo llevó en esa época a esa casi olvidada región cuyana, en donde supo captar con notable acierto escenas y tipos de esa sufrida población. Su obra tiene así un valor etnográfico, sobre todo teniendo en cuenta que hoy las lagunas se hallan en su mayor parte desecadas, y su población originaria está dispersa o extinguida.

La llegada de los incas

En rápida expansión desde el Perú, el Imperio Incaico alcanzó, en la década de 1470, el Noreste argentino y el norte y centro de Chile. En San Juan y el noreste de Mendoza su presencia

es señalada por su red de caminos y los albergues o tambos (tampu) situados a su vera. La línea principal, que en algunos tramos es aún visible como una senda rectilínea, venía desde el valle de Vinchina para entrar en la actual provincia de San Juan por el paso del Lámar sobre el río Bermejo (asiento de un importante tambo); cruzaba la serranía del Gualcamayo para salir al valle de Iglesia donde se conserva el tambo de Tocota; bajaba luego al valle de Calingasta para recorrer finalmente el valle de Uspallata y seguir luego por el cajón del río Mendoza hasta Chile. Aquí se conocen tres tambos alineados: Tambillos, Ranchillos y Tambillitos, bien investigados en los últimos años. Sus recintos son siempre de paredes pircadas y forman agrupaciones más o menos complejas; típicas son las habitaciones rectangulares rodeadas de un patio y los grandes corrales rectangulares. Se han hallado fragmentos de cerámica con decoración geométrica sencilla tipo inca, roja, blanca y negra; puntas de flecha triangulares pequeñas y algún raro adorno de metal o de valva de molusco. También hay, a veces, fragmentos del tipo "diaguita chileno", producto del tráfico estival a través de los altos pasos cordilleranos, y eventualmente también, de traslados de población. Cerca de los pasos suelen existir tambos más o menos grandes como los del Paso del Inca, Río de los Tambos, Paso Valeriano, arroyo de la Carnicería y otros, sin contar los que se hallan en diferentes sitios de las zonas montañosas. Estos representaban ramales secundarios de la red incaica, que partían transversalmente de la línea principal. El dominio incaico no se evidencia más al sur del valle de Uspallata ni fuera de las zonas montañosas, lo cual no excluye la existencia de algunos "puestos avanzados", como uno localizado en una meseta de la zona de Ullum, o un misterioso "pucará" al cual aluden

algunas fuentes históricas, cercano a la actual ciudad de Mendoza, del cual no hay rastros arqueológicos.

Trabajos de arqueología urbana han proporcionado indicios de la presencia incaica en donde se halla emplazada actualmente la ciudad. Al parecer también hubo un establecimiento incaico en la zona de Acequián y Retamite, como otra avanzada al pie oriental de la Precordillera, que estaría en relación con el ecosistema lagunero del NE de Mendoza (trabajos recientes de P. Cahiza). La tradición colonial también consigna la construcción de algunos canales de riego en la zona bajo la dirección de los incas. Probablemente se trate de perfeccionamiento y ampliación de una red de canales preexistentes.

Los indicios arqueológicos conocidos hacen pensar que en estas regiones el dominio incaico no fue muy férreo y abarcativo, y que se trataba más bien de una "coexistencia pacífica". Les interesaba, primordialmente, el funcionamiento de sus caminos para asegurar las comunicaciones con Chile, cuya asimilación incaica fue mayor y donde llegaron hasta la cuenca del río Cachapoal. Otra finalidad de algunos ramales del camino fue el acceso a los sitios de labores mineras, actividad para la que ellos pretendieron el monopolio.

El signo más notable de la presencia incaica en la cordillera está dado por los llamados santuarios de altura, que se escalonan desde el sur del Perú hasta el centro de Chile: templetes pircados, a veces rellenos y a veces en forma de simples rectángulos, en ocasiones con un enterratorio de un individuo joven sacrificado ritualmente, en cumbres o precumbres de más de 5.000 metros. Los tres hallazgos más meridionales son también los únicos científicamente estudiados hasta el momento: las momias conservadas por congelamiento de los cerros El Plomo en Chile (5.400 metros) y El Toro en el noroeste de San Juan (6.130 metros); un

niño de 8 años con un rico ajuar en el primer caso, y un joven de unos 20 años en el segundo. Más reciente es el descubrimiento y estudio del enterratorio incaico del cerro Aconcagua (a 5.300 metros), correspondiente a un niño de 7 años dotado de un rico ajuar textil y plumario, un collar de piedras multicolores y seis estatuillas (tres humanas y tres llamitas). (El autor de este capítulo tuvo a su cargo el rescate y la coordinación de los estudios correspondientes a estos dos últimos casos).

Otros sitios proporcionaron solamente ofrendas en forma de estatuillas de plata y de una valva de molusco procedente del Ecuador (mullu), y de otros objetos, como textiles y bolsitas con hojas de coca; en la región cuyana esto se ha dado en los cerros Mercedario, Las Tórtolas y Nevado de los Tumbillos. En el Mercedario, las estructuras y hallazgos se escalonan desde los 5.200 metros hasta poco más abajo de la cumbre de 6.700 metros. Asombra cómo con su modesto equipamiento -pero con una enorme fe- los súbditos incaicos pudieron emprender estas realizaciones en regiones tan inhóspitas, altas y frías, sujetas a frecuentes y súbitos temporales.

El espacio no permite detallar más el fascinante tema de la "arqueología de alta montaña", que ha pasado del plano deportivo y de salvataje al plenamente científico, y aporta información hasta ahora desconocida de las ideas y prácticas religiosas incaicas.

Tras sesenta años de dominio incaico en las zonas indicadas, éste desapareció tan súbitamente como cuando se hizo presente, al caer junto con su último soberano, Atahualpa, la estructura imperial (1533). Las culturas locales continuaron funcionando sin mayores cambios durante tres décadas más, hasta la fundación de las primeras ciudades (Mendoza, 1561; San Juan, 1562).

Con ello se entra en el período hispano-indígena (ejemplificado en el ya citado cementerio de Viluco y en otro en curso de excavación ubicado en Cápiz, en el departamento de San Carlos).

Una zona marginal: El extremo sur de Mendoza

Ya se ha dicho que el actual departamento Malargüe integra la gran área patagónica, aunque con caracteres especiales. El modo de vida cazador-recolector tardío tomó aquí, lo mismo que en el norte de Neuquén, caracteres de trashumancia estacional. Esto ha sobrevivido notablemente en la actual población pastoril. Habría una zona en la cual se practicó la agricultura, a juzgar por la gran cantidad de moletas o manos de moler recogidas junto con puntas de flecha y fragmentos de cerámica: el valle de Los Muelles. Más al oeste, en Valle Hermoso, hay un gran grupo de petroglifos de estilo abstracto; otros existen en los valles del Agua Botada y de Caenqueco, donde llaman la atención las grandes caras grabadas -de reminiscencias andinas-, que también se encuentran en otros sitios. Además aparecen "rastros de avestruz" y otros elementos del llamado "estilo de pisadas" del norte de la Patagonia. En el material más comúnmente recogido en la zona, no siempre es factible reconocer lo prearaucano de lo originado en el proceso de araucanización que se mencionará más abajo. Por otra parte, este proceso no significó una introducción de la agricultura en la zona; por el contrario, si bien aportó elementos interesantes como cerámica pintada, clavos-insignias de piedra en forma de cabeza de ave estilizada, piedras horadadas y demás, de

hecho llevó a una adaptación de los grupos de origen trasandino al antiguo modo de vida cazador-recolector, incluido el uso ocasional de la boleadora. Sólo el temberá, en sus dos tipos principales, puede considerarse como producto de una influencia agroalfarera prearaucana. En términos generales, el extremo sur de Mendoza se integra con el norte del Neuquén en el área cultural Pehuenche, cuyo origen ya se ha señalado.

Desde comienzos de la era se observa que el río Grande pudo haber funcionado como un límite interétnico. A partir del siglo XVI se producen cambios que llevan al paso de una organización social de bandas a otra de tipo tribal, o de una economía cazadora-recolectora a otra mixta en la que se incluye el pastoreo y el tráfico de bienes diversos, e incluso, posteriormente, de ganado obtenido de la región pampeana.

Las poblaciones aborígenes en la época de la conquista hispánica (Siglos XVI-XVIII)

Como se ha visto, la formación de los pueblos que llegaron a conocer los europeos es producto de un largo y complicado proceso, del cual falta conocer aún muchos detalles. En el "país de Cuyum" (valles de Caria, Huentota, de Uco y Jaurúa) vivían pueblos dedicados a una pequeña agricultura pero conservando parte del viejo sustrato cazador-recolector: los huarpes. Este nombre probablemente derive del de su divinidad principal, Hunuc Huar, cuya sede estaba en las montañas. Conservaban un antiguo idioma no andino, del que se distinguían dos dialectos: allentiac en el sur de San Juan y millcayac en el norte de Mendoza. Este

idioma se ha perdido, pero quedan topónimos de este origen, como Tudcum, Ullum, Villicum, en San Juan. Las características socioculturales de estos "pacíficos y simpáticos aborígenes", como los calificó S. Canals Frau, han sido exhaustivamente estudiadas por este autor y posteriormente por C.T. Michieli, y no serán detalladas aquí. Su desaparición como etnia se debió a la aculturación, al mestizaje y, sobre todo, al traslado forzado de numerosas familias a Santiago de Chile para servir en diversos trabajos a los encomenderos españoles. Allí los conoció el padre Luis de Valdivia, quien hacia el año 1600 compuso gramática y vocabulario de ambos dialectos huarpes.

La zona de las lagunas de Guanacache fue, como ya se señaló, refugio de los huarpes y sus descendientes hasta entrado el siglo XIX. Antes hemos mencionado sus interesantes supervivencias folclóricas, como las balsas individuales de totora, utilizadas por los pescadores y cazadores de aves, y los típicos canastillos decorados con madejas multicolores de lana.

Más al sur del río Diamante ya no se hablaba el millcayac, y se entra en el dominio de los llamados puelches de Cuyo, designación genérica de origen araucano, ya que "puel" significa "este" y "che", "gente". Se subdividían en tribus diversas, entre ellas, los llamados morcoyames, oscoyames, chiquillames. La terminación yam aparece con frecuencia como calificativo de parcialidades y parece corresponder a un sustrato lingüístico que también se nota en "Capayán". En el idioma huarpe significa hombre o varón. A su vez, los puelches subcordilleranos estaban emparentados con los pehuenches ("gente de los pinares") y fueron paulatinamente confundidos con éstos. En el siglo XVIII se calificaba de "pehuenches" a las tribus del sur de Mendoza, aunque

pudo influir en ello un real corrimiento de población, es decir, de pehuenches araucanizados en dirección al norte.

En el siglo XVIII y a principios del XIX se acentúan los conflictos entre los distintos grupos que convergen en la zona; así, en la cuenca del río Malargüe aparecen sitios de ocupación mayores, asociados a estructuras defensivas. En estas luchas por el control de los campos de engorde del ganado bovino y equino -procedente por trueque o saqueo de las llanuras orientales-, y de los pasos cordilleranos que los conectaban con el mercado chileno participaron pehuenches, puelches, mapuches, "aucas", pampas y ranquilches, y también los representantes del dominio español y de los Estados nacionales después, a lo que se agregaban individuos escindidos de estos Estados, como los tristemente célebres hermanos Pincheira.

BIBLIOGRAFÍA

Dado el carácter de esta obra, se señalan sólo trabajos muy generales o de síntesis. Mayores datos bibliográficos pueden encontrarse en las obras citadas.

A) Síntesis regionales

Bárcena, Joaquín Roberto. *La arqueología prehistórica del Centro-Oeste argentino*. (Primera parte). En **Xama**, t. 2. 1989, p. 9-60.

— *Prehistoria del Centro-Oeste argentino*. Crecit. Mendoza, Unidad de Antropología. Separata de **Historia Argentina prehispánica**. Ed. Brujas, Córdoba, 2001.

Gambier, Mariano. **Prehistoria de San Juan**. Ed. Fundación Universitaria Nacional de San Juan. 1993.

Lagiglia, Humberto A. *Arqueología Prehistórica del Atuel y del Diamante*. En **Crónicas del Terruño**. N. 2 Cinter. Mendoza. 1997. p. 29-46.

Schobinger, Juan. *Las tierras Cuyanas*. En **Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo I (La Argentina aborigen)**. Academia Nacional de la Historia. Editorial Planeta. Buenos Aires. p. 159-180.

B) Culturas agroalfareras. Los huarpes

Canals Frau, Salvador. *Etnología de los huarpes. Una síntesis*. En **Anales del Instituto de Etnología Americana**. T. VII. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza. 1946.

Canals Frau, Salvador y Juan Semper. *La cultura de Agrelo*. En **Runa**. T. VII. Buenos Aires. 1956. p. 169-187.

Godoy, María Verónica. **Los huarpes y su cultura**. Municipalidad de Mendoza. 1998.

Lagiglia, Humberto A. *La cultura de Viluco del Centro-Oeste argentino*. En **Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina** (Primera parte) San Rafael. Mendoza. 1976. p. 227-265.

Michieli, Catalina Teresa. **Los huarpes protohistóricos**. San Juan. 1983.

— *Millcayac y allentiac: los dialectos del idioma huarpe*. San Juan 1990.

Prieto Nardi, María del Rosario. *Formación y consolidación de una sociedad en un área marginal del Reyno de Chile: la Provincia de Cuyo en el siglo XVII*. En **Anales de Arqueología y Etnología**. Universidad Nacional de Cuyo. T. 52-53. Mendoza. 1997-1998. p. 17-366.